

(APARECE LOS VIERNES)

M. R.

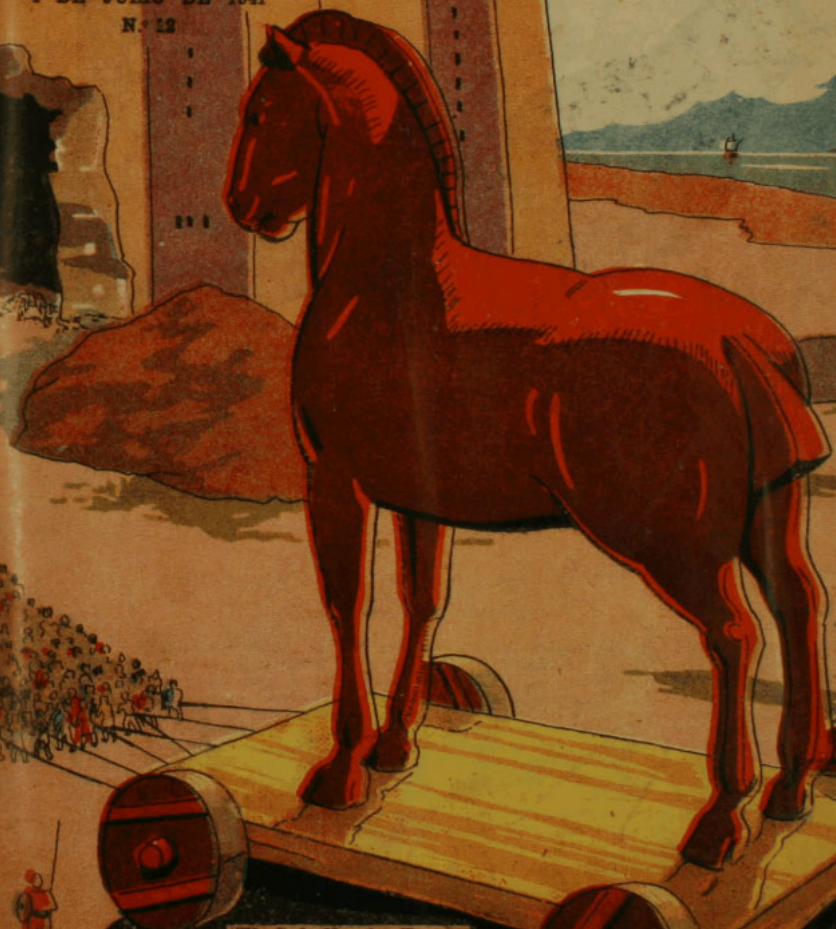
El COLEGIAL

PRECIO
\$1⁵⁰

AÑO I

4 DE JULIO DE 1941

N.º 12





CLASE AVES

LA GALLINA CIEGA

(CAPRIMULGUS ANDINUS)

Bocon, Plasta: son los nombres vulgares que los campesinos asignan a esta hermosa ave nocturna. Las gallinas ciegas son aves solitarias y nocturnas. En la primavera se les encuentra en casales. Son notables por el gran mimetismo protector que presentan; el color, el plumaje y la forma del cuerpo es la más conforme con el ambiente donde viven. Los lugares menos boscosos son los que eligen para pasar su vida; prefieren los matorrales. Durante el día duermen en el suelo, sólo se levantan cuando temen ser pisadas. El vuelo es muy corto; vuelan con las plumas de las alas y cola abiertas. Durante la noche es cuando entran en actividad y buscan su alimento, que consiste en insectos nocturnos que cazan al vuelo y con el pico abierto. Debido a su gran mimetismo no es fácil verlas; de vez en cuando dejan oír su grito que semeja un lastimero quejido, motivo por el cual la gente del campo las considera como aves de mal agüero y esto ha dado origen al famoso Chon-Chon.

(Estas aves e insectos han sido tomados del Museo del Colegio San Pedro Nolasco de Santiago).

(APARECE LOS
VIERNES)

Cadilla 6562.

—Correo 4.—

Santiago de Chile.

El COLEGIAL

PRECIO
DEL
EJEMPLAR:

\$ 1.-

SUSCRIPCIONES
EN CHILE:

Anual \$ 50.—

Semestral \$ 25.—

AÑO I

REVISTA INFANTIL

N.º 12

MI CHARLA DE HOY

Amiguitos; Una gran nación, los Estados Unidos de Norte América, celebran hoy el 165.º aniversario de la declaración de su Independencia. Fué un ejemplo para las demás colonias americanas que estaban bajo el dominio de España. Pero, aparte de esta fecha memorable, también nosotros podemos celebrar este día como fiesta nuestra porque un 4 de Julio fué cuando se fijaron, definitiva y oficialmente, los colores y forma de nuestra bandera nacional. Fué el 4 de Julio de 1854, bajo el progresista gobierno de don Manuel Montt. Nuestra hermosa bandera blanco y rojo, con la estrella solitaria en campo azul, no sólo representa un signo de glorias guerreras, sino también un signo de nuestra cultura cívica. Este día debiera ser de fiesta de la Bandera Chilena, celebrada por todos los colegiales del país, de Norte a Sur y de Mar a Cordillera. Es una idea que lanza nuestra revista y que ojalá encuentre aceptación entre nuestros esforzados educacionistas para que así nuestro pabellón tricolor nunca deje de ser un símbolo de la unidad nacional. ¡Hasta el próximo Viernes!

EL COLEGIAL





Los esclavos del SULTÁN



RECUERDE: María y Walter dos niños prisioneros del Sultán de Constantinopla, entran al servicio de este soberano quién les aprecia y los distingue por su inteligencia, permitiendo que los dos hermanos se vean los Viernes de cada semana en el jardín de las rosas. Los niños contáronse mutuamente lo que les había sucedido en su cautiverio dando muestras de un profundo cariño, pero el Sultán mandó un espía al jardín el cual contó al Soberano la conversación de éstos. El Sultán admirado llamó al Mufti y le ofreció un gran premio si hacía entrar a los niños a la religión mahometana.

CAPITULO V

En desgracia

El Mufti se fijó muy bien en el valor de la recompensa que le esperaba si llegaba a convencer a Walter, a quien el Sultán había dado el nombre de Jusuf, y repuso arqueando sombríamente las cejas:

—Jusuf, el de los ojos azules, es el más duro de todos mis discípulos. He llegado a sospechar que confirma a sus compañeros en la infidelidad y que con sus observaciones pone en ridículo mis enseñanzas. Sin embargo, debo alabar su aplicación. Excepto el pequeño jorobado, ninguno habla tan bien nuestra lengua. También sabe de memoria hace tiempo la primera Sura que todo creyente debe decir.

—Quiero, dijo Mehemet resueltamente, que antes de la fiesta de Beiram sea mahometano. Vamos a

ver cuál de mis esclavos se atreve a desoír mi voluntad. Abdulah, dile que venga inmediatamente.

Pocos momentos después, estaba Walter en presencia del Sultán. El niño palideció al ver el rostro airado del soberano y al Mufti, junto a él.

—Esta es la ocasión de confesar tu fe, se dijo a sí mismo, encomendándose al ángel de la guarda, mientras según la costumbre, inclinaba la frente en presencia del Sultán. Pero la conversación no empezó tan mal como él se temía.

—Me complace, le dijo el Sultán, oír de labios del sabio Vanni que te distingues por tu aplicación y por tu aprovechamiento. Si correspondes a mis deseos te exaltaré como el rey de Egipto, a aquel Jusuy, cuya historia refiere el verdadero Profeta en la Sura 12. ¿Conoces esa historia?

—Oh Señor, dijo el Mufti, la semana anterior he leído a mis discípulos esta bellísima Sura del divino Corán.

—Sea tu rostro siempre benigno conmigo, respondió Walter. Conozco la historia de José, el egipcio, y la conocía mucho antes de oír una palabra del Corán. Yo te la referiré tal como está en los libros de historia sagrada que aprendemos los niños cristianos.

Con el permiso del Sultán, el niño refirió esta admirable historia con tanta gracia que el Sultán la oyó muy contento.

—Verdaderamente, Alá no ha dejado de ilustrar a los cristianos. Pero les falta mucho para conocer plenamente la verdad, que nunca te ha mostrado a ti. He oído que sabes muy bien la primera Sura del Corán. Si me la repites sin equivocarte en un punto, yo te recompensaré regamente.

El Sultán tendió de esta suerte una trampa al niño, que no sospechaba nada malo. La primera Sura del Corán equivale a una profesión de fe mahometana, y todo el que la dice delante de una persona constituida en autoridad, queda obligado a abrazar esta religión. Poco antes había sido astutamente obligado a abrazar el mahometismo el joven Nicolás Janaki, el que habiéndose negado resueltamente, fué condenado a muerte. Walter no pudo imaginarse tal cosa, y como la primera Sura no contiene nada que no pueda decir un cristiano, la dijo con voz clara y expresiva.

El Sultán le oyó atentamente y le dijo:

—Vanni-Effendi, bien has enseñado a este niño las benditas palabras del Corán, y tú, Jusuf, bien las has aprendido y retenido. ¿Pero las has dicho solo con los labios, o se ha elevado tu corazón a Dios cuando las decías?

—Las he dicho de corazón, repuso Walter.

—En este caso has hecho solemne profesión de fe mahometana en mi presencia y en la de estos testigos, y estás obligado a renunciar al cristianismo y abrazar la religión de los creyentes, dijo el Sultán, cuyas palabras confirmaron el Mufti y Abdulah.

—Pero ésta no fué la intención de tu siervo, protestó horrorizado

el niño. También nosotros los cristianos entonamos alabanzas al Creador y Señor del mundo y esperamos en él, pues es misericordioso, y creemos que en el día del juicio dominará sobre los vivos y muertos. También nosotros le alabamos, servimos y suplicamos que nos conduzca por el camino de su gracia, nos preserve de todo error. De esta manera entendí yo estas palabras y las he dirigido al verdadero Dios.

—Esto no te vale, niño, dijo el Sultán frunciendo las cejas. Has pronunciado las palabras de Mahoma, profeta de Dios.

El niño estaba profundamente agitado, pues había vivido junto al Sultán tiempo suficiente para saber lo que significaba su cólera. Pero al mismo tiempo se hallaba firmemente resuelto, con la gracia de Dios a no renegar de su fe.

—Veo, dijo, que he faltado diciendo las palabras de Mahoma y dando ocasión de que se me tenga por mahometano. Dígnese, mi señor, perdonar mi ignorancia; pero nunca dejaré por el islamismo la fe de Cristo.

—¿Cómo es eso? ¿Te atreves a oponerte a mi voluntad? gritó el Sultán con voz de trueno. O reniegas de tu fe inmediatamente, o tendrás que sentir mi cólera.

—Antes la muerte que renegar de Cristo.

—No es preciso que niegues a Cristo, dijo Mufti que quería salvar la vida del niño. También nosotros honramos a Cristo, como a Moisés, profeta enviado por Dios y precursor de Mahoma.

—Pero nosotros le adoramos como a verdadero Dios, repuso Walter.



No, no, decía el niño y antes de recibir el castigo que le habían anunciado se desmayó de dolor, luego lo recogieron y lo echaron sobre un montón de paja en un rincón de la cuadra.

El Sultán indignado dijo:

—Abdulah, que le den ahora mismo 25 golpes en las plantas de los pies. Despojadle de sus preciosos vestidos de paje y ponedle la sucia ropa de los mozos de cuadra. Veremos si se quebranta su terquedad o en caso contrario será castigado más cruelmente.

En vano levantó Walter las manos en actitud suplicante pidiendo gracia. Abdulah lo condujo fuera de la cámara y le entregó en manos de los verdugos. Estos le tendieron en el suelo, y no tardó la flexible vara en zumbir sobre la planta de los pies del niño. A cada golpe le preguntaba Abdulah:

—¿Quieres renunciar a tu fe?

—No, no, decía el niño, antes morir. Pero pronto no se percibían mas que sus suspiros y lamentos, y antes de recibir la cantidad de golpes que le habían anunciado, se desmayó por la violencia del dolor. Luego lo recogieron y lo echaron sobre un montón de paja.

Achmet-Effendi, el intérprete, había presenciado la heroica confesión de Walter ante el Sultán y el cruel tormento que había padecido el niño. Su corazón, aún no del todo malo, sintió viva compasión a vista de semejante fortaleza, y su conciencia empezó a conmoverse.

—¿Cuál será tu suerte eterna? se preguntaba a sí mismo, pues la fe que exteriormente había negado, no se había extinguido en el fondo de su corazón.

Entretanto el renegado había llegado al puente que hay sobre el “Cuerno de Oro” que une a Estambul, la parte más importante de Constantinopla, con Gálata. En aquel momento le asaltó otra idea:

—Acaso podría intentar la libertad de este niño, pues hoy han llegado, dos mercenarios con la misión de emplear en el rescate de esclavos las limosnas que han recogido en media cristiandad. El judío Efraím me ha indicado la vivienda de estos religiosos, que necesitan de mis ser-

vicios como intérprete, y podría apresurarme a ir en busca de ellos, antes de volverme a mi casa y recomendarle a Jusuf, como el Sultán le llama.

No tardó en llegar a la casa que Efraín le había indicado. Después de llamar largo rato, apareció en la puerta un siervo armado, que habían enviado para la custodia de los religiosos.

Impuesto de su misión, le dijo que debía esperar, pues los monjes estaban ocupados en la lectura del Corán cristiano.

—Alá otorga sus gracias según la medida predeterminada, contestó el renegado. A nosotros nos muestra el sol de su doctrina, a los infieles, a lo más la luz de alguna estrella en medio de la noche. Pero debemos recibir bien a estos misioneros de Occidente que nos dan mucho dinero por el rescate de los esclavos cristianos. Aún el Sultán, a quien Alá bendiga, no está distante de acceder a la venta de cierto número de esclavos de palacio.

—Pues ésta es una excepción bien rara, dijo el criado. Sólo vende algunos cuando necesita dinero para las guerras contra el occidente. Debe haber jurado conquistar a Viena, y el Gran Visir Kara Mustafá, a quien Dios le dé la victoria, reúne de todas las provincias del imperio el más poderoso ejército que jamás haya combatido bajo el estandarte de la media luna.

Pocos momentos después entraron los dos mercedarios; el uno venerable anciano de larga barba blanca, y el otro joven en la flor de su edad. El renegado los saludó según la costumbre oriental, haciendo una profunda inclinación. Los religiosos tomaron asiento. Empezó

el anciano preguntando al intérprete en qué lengua habían de entenderse, y como éste dijese que le era indiferente, el religioso respondió:

—Hablaresmos en alemán, que es nuestra lengua nativa.

Expuso el asunto del rescate, que era el motivo de su viaje a Constantinopla. Dijo que en la ciudad le serviría de intérprete el viejo Efraín, a quien conocía y de quien se había valido en otras ocasiones.

Pero habiendo de rescatar esclavos del Sultán, preguntó a éste si se daría por contento con recibir 5 ambub (30 marcos) por cada esclavo cuyo rescate concertase.

—No aceptaré merced ninguna por el rescate de los esclavos cristianos, dijo el intérprete, y si en mi mano estuvieran, os los entregaría todos sin tener que pagar nada por ellos.

El anciano miró sorprendido a aquel hombre que hablaba de modo tan inesperado, y le preguntó:

—Amigo mío, vos sois cristiano. Ningún otro se expresaría de este modo. Además habéis nacido en Alemania, pues de otro modo no hablaríais tan bien nuestra lengua.

—Es cierto que soy alemán y no quiero negar que he sido bautizado, respondió el renegado, no sin algún sentimiento de vergüenza. Pero ahora no se trata de esto; no creáis que he resuelto volver al cristianismo y que por esto he venido en busca vuestra. Lo que no impide que esté dispuesto, en cuanto de mí dependa, a prestar un servicio a un compatriota y antiguo hermano en la fe. Sobre todo os recomiendo a un niño cristiano que está muy necesitado de pronto socorro.

(Continuará)



Lindor el

RECUERDE: El joven Lindor va en busca del caballero de Faunas para vengar a su padre que ha sido muerto y despojado de sus bienes por dicho caballero. El mago Persides lo toma bajo su protección y el violín del joven avisa al mago cuando Lindor está en peligro. Una bruja que trabaja en beneficio del señor de Faunas se apodera del instrumento encantado de Lindor mientras éste duerme en una posada. Al día siguiente el joven reclama desesperado el violín, pero sólo consigue que lo echen a la calle. CAPITULO



1. Viendo Lindor que todos sus esfuerzos para que le abrieran y le escucharan eran inútiles, se alejó de la posada andando con pasos vacilantes, completamente descorazonado. Parecía ebrio y parecía estar a punto de soltar el llanto contenido.



2. Se sentó al borde del camino y le pareció ver a la bella Eliana que le había arrojado una flor al partir. Recordó la canción que le había cantado y maquinalmente sacó una cuerda cortada del violín y mientras canturreaba pasaba sus dedos por la cuerda.



3. La cuerda se puso a vibrar y sus vibraciones llegaron a oídos del mago Persides que estaba leyendo un grueso libro antiguo. Le pareció muy extraño que el violín del joven sonara en forma tan apagada y resolvió consultar al punto el espejo mágico.



4. Primeramente Persides vio a Lindor sentado en el camino, teniendo en sus manos la cuerda cortada del violín. Luego vio a un perro negro que corría llevando en el hocico el violín de Lindor y lo entregaba por fin en manos de la reina de las brujas.

Menestral



5. ¡Malagesta! exclamó Persides. ¡La reina de las brujas persigue a mi protegido! En el acto llamó al duende Cachetín y le dijo: —Es necesario que vayas cuanto antes al sitio donde está Lindor y lo consueles, diciéndole que yo no lo abandono. Cachetín se convirtió al punto en una rauda golondrina y partió como una flecha a buscar al joven.

6. A la vista del gracioso duende, Lindor lanzó una exclamación de júbilo. —¡Cachetín, mi buen duendecillo, sin duda vienes en mi ayuda! dijo el joven. —No; sólo vengo a decirte que no debes dejarte abatir por la adversidad. —¿Y qué puedo hacer solo, sin ayuda? respondió Lindor —Y ¿qué mérito sería el tuyo si triunfaras con la ayuda ajena?



7. Cachetín desapareció y Lindor exclamó: —Tienes razón; seguiré adelante y haré frente a todos los contratiempos que encuentre en mi camino. Y poniéndose de pie echó a caminar con paso decidido. A veces se detenía delante de alguna hostería, pero como no tenía dinero se contentaba con aspirar el apetitoso olor que salía de la cocina.



8. Con estómago vacío y las tripas en revolución, el pobre menestral seguía su camino desesperando de hallar algo que llevarse a la boca para apaciguar su hambruna. Hasta que en cierto paraje vió un ciruelo y trepó a las ramas para hartarse de ciruelas. Entonces divisó a los lejos un bosque tupido: —¡El Bosque del Peligro exclamó! Por fin llegaré a él!

(Continuará)



RECUERDE: Damián y Paulina se fugan de su casa al descubrir que son huérfanos y que han sido recogidos por aquellos a quienes creen sus padres. Por el camino un hombre moribundo les confía una chaqueta que oculta una fortuna entre los forros para que la entreguen en Santiago a su hija Domitila Barrientos. Celestino y el cuyano Desiderio tratan de robar la chaqueta a los niños, pero estos son salvados por don Sergio Vilela que los lleva en su auto a Santiago. Cuando don Sergio les habla de devolverles a su casa, los niños se fugan durante la noche en el mismo momento en que Celestino y el ché Desiderio se proponen robar en la casa. Celestino, que se ha quedado afuera para vigilar, ve salir a los niños y los sigue hasta el pueblecito de Espejo, cercano a Santiago. Los niños se refugian en una casa campesina donde ayudan a la hortelana y ésta le permite que duerman en el pajar. Celestino va en busca de su cómplice y por la noche entran en el pajar para robar a los niños la famosa chaqueta. Pero Damián y Paulina han sido lanzados de allí por el marido borracho de la buena mujer. Al día siguiente los niños, sorprendidos por una lluvia se refugian en un bar-restaurante de don Giuseppe. Llegan los dos maleantes y los niños escapan por una ventana, sin que nadie se de cuenta. Por el camino encuentran una cartera con billetes de banco.

CAPITULO XII

El poz de mina

Damián, con la cartera abierta en sus manos, estaba tan asombrado que no acertaba a hacer ninguna cosa. Hasta que su hermana le dijo:

—Cuenta ese dinero, a ver cuánto hay.

Damián sacó el fajo de billetes y se puso a contar: diez, veinte, treinta y cinco, cuarenta... Hasta llegar a la suma de ciento veinticinco pesos.

—¿Qué haremos con este dinero? dijo Paulina. Creo que debíamos volver y entregarlo a la policía.

—¡Estás loca! Si volvemos, pueden descubriarnos los dos bandidos y ¡adiós la chaqueta y este dinero que recién hemos encontrado! Ya que la suerte nos ha puesto este dinero en el camino, usémoslo bien. Hasta se me ocurre que Dios lo puso delante de nosotros para que podamos cumplir la promesa que hicimos al pobre moribundo. Con este dinero podemos tomar el tren y llegar a Talcahuano...

—¡Creo que tienes razón, dijo Paulina. Pero, entonces, debemos regresar de todas maneras a la estación de Espejo.

—No. Lo que haremos es seguir adelante hasta llegar a la próxima estación. Allí esperaremos el paso del tren.

—¿Pero qué tren?

—Es temprano todavía. Y recuerdo perfectamente que el hombre de la gorra roja en la estación de Santiago nos dijo que el tren a Talcahuano salía a las 9.40 horas. Creo que llegaremos con bastante anticipación.

Damián guardó la cartera repleta de billetes y ambos siguieron su camino, después de acariciar a Betún que, en realidad, había sido el verdadero descubridor de aquel dinero.

El sol había vencido definitivamente a los nublados y el día empezaba a mostrarse magnífico. Los

dos huerfanitos se pusieron en camino con mayor energía. Al cabo de hora y media de marcha llegaron al cruce de la línea del tren con la línea del tranvía eléctrico de San Bernardo.

—Esta debe ser la ciudad que nombró la señora Palmira: San Bernardo, dijo Damián.

—Sí. Allí en ese largo muro de ladrillo está puesto el nombre: SAN BERNARDO, dijo Paulina indicando con la mano unas letras enormes escritas en una larguísima muralla.

Los niños siguieron siempre por el camino, sin apartarse de la línea del tren y poco después se hallaban en la plazoleta de la estación de San Bernardo.

Se metieron en uno de los salones de espera y allí, en un gran reloj pudieron ver la hora. Faltaban algunos minutos para las diez de la mañana. El ventanillo de la boletería estaba abierto y varias personas sacaban boletos. Damián preguntó a uno de los empleados de la estación si pasaría pronto algún tren para Talcahuano.

—Dentro de quince minutos llegará uno, respondió el ferrocarrilero.

Damián se retiró a un rincón con su hermana y sacó algunos billetes hasta enterar cien pesos. En seguida se acercó a la boletería y pidió dos pasajes para Talcahuano. Recibió los boletos de color verde y pagó el precio que subió a ochenta pesos y centavos.

Feliz se acercó a su hermana y le dijo:

—Ahora sí que iremos bien. Y nos sobra dinero para otros gastos.

Para no sentir tanto el tiempo de la espera, Damián y Paulina se

pusieron a pasear por la plaza de la estación haciendo proyectos para el porvenir. De pronto se sintió una campana; era el anuncio de que el tren se aproximaba. Y por fin, el monstruo de acero entró en la estación resoplando como un gigantesco dragón de leyenda. Se detuvo y los pasajeros se apresuraron a subir a los vagones. Damián y Paulina fueron de los primeros.

Se deslizaron hacia el interior de un vagón de tercera clase que iba repleto de gente. Después de mucho buscar a lo largo de los asientos, encontraron un lugar dónde sentarse.

¿Para qué contar las largas horas de aburrimiento que experimentaron los dos huerfanitos durante el interminable trayecto hasta San Rosendo? Allí transbordaron al tren de Talcahuano y siguieron hacia la costa.

Durante el trayecto, le preguntaron a un pasajero, cuál era la mejor manera de llegar a Lota.

—Lo mejor que pueden hacer es bajar en Concepción, respondió el viajero. Desde allí pueden ir directamente a Lota en un tren de la Compañía Carbonífera.

Así lo hicieron los niños. Cuando el tren se detuvo en Concepción, bajaron en la gran ciudad del Sur. Era ya de noche y los niños buscaron dónde alojarse. No lejos de la estación había una casa de pensión y allí se dirigieron ambos niños. Por la módica suma de quince pesos tuvieron un cuarto con dos lechos donde reposar. A la mañana siguiente se levantaron temprano y con el mismo dueño de la pensión se informaron a qué hora y dónde debían tomar el tren para Lota.



Alumbrándose con la vela, Paulina y Damián avanzaron por la obscura galería.

No habían trenes a esa hora. Debían esperar por lo menos tres horas antes de que saliera el primer tren que hacía el trayecto entre Concepción y Curanilahue.

—¿Por qué no nos vamos a pie? dijo Paulina.

Damián no deseaba otra cosa. Así ahorrarían dinero. Se informaron sobre la distancia y supieron que Lota distaba 37 kilómetros. Estaba bastante lejos. Pero caminarían hasta donde pudieran, hasta donde les alcanzaran las fuerzas. Dicho y hecho. Se fueron hacia el río Bío-Bío y después de contemplar maravillados el espectáculo del río más grande de Chile, atravesaron por el enorme puente de acero y siguieron viaje hacia el sur.

Al cabo de tres kilómetros de marcha llegaron al pueblo de San Pedro donde tomaron un descanso para seguir la marcha en seguida con gran valor. Anduvieron, anduvieron y anduvieron muchísimo,

por espacio de tres horas. El cansancio los rendía. Y cuando llegaron a La Posada, una estación distante 17 kilómetros de Concepción, eran ya como las cuatro de la tarde. Allí se detuvieron para servirse una taza de café con leche en una pequeña pastelería.

—¿Y si se nos hace la noche antes de llegar a Lota? dijo Paulina.

—Dormiremos en cualquier parte. De todos modos compraremos una vela por si la necesitamos en la obscuridad.

Antes de alejarse de La Posada, compraron velas y fósforos y también un trozo de queso y unos cuantos panes. Y siguieron su viaje de esfuerzo.

Caminando, caminando, la noche les cayó encima. El viento que venía del mar era helado. La próxima estación era Coronel y distaba todavía tres kilómetros por lo menos.

—¡Mira, Damián, dijo de pronto Paulina, aquello parece una gruta.

—¡De veras! Creo que podríamos alojarnos muy bien ahí, sugirió Damián.

—Está oscuro. ¿No habrá peligro?

—Encenderemos la vela y veremos.

Damián encendió la vela y ambos niños se metieron en aquella gruta que no era sino la entrada a un pozo de mina carbonífera abandonada. Hasta Betún entró con precaución en aquella boca negra como la de un lobo.

—Con tal que no sea una caverna de bandidos, murmuró Damián avanzando con la vela encendida.

Esta reflexión atemorizó a Paulina. Pero Damián la tranquilizó, diciéndole:

—Creo que mi suposición no es buena. Se me figura que esta gruta no es más que la galería de una mina. ¿Veamos adónde va a rematar?

Y empujados por la curiosidad, siguieron internándose en la galería, cuyo suelo descendía rápidamente. Al llegar a un recodo abrigado del viento, los niños hicieron alto para fijar allí su improvisado lecho. Se acurrucaron envolviéndose con la enorme chaqueta que a Damián le servía de sobretodo, y con Betún a los pies.

De esta forma, cansados por la larga caminata, los niños no tardaron en quedarse dormidos y Damián soñó... El cerebro de Damián trabajaba sobre excitado. Y el niño soñaba. Soñaba que gracias al apoyo del hijo de la señora Domitila Barrientos, el minero Gastón, Damián se había convertido también en minero y trabajaba dando golpes de picota sobre las capas de carbón. Y con tanto ardor se veía el niño trabajando que

hacía doble labor que su compañero Gastón. De repente, en uno de los golpes de picota, vió brillar un trozo del negro carbón. Con otro golpe de picota desprendió el trozo del bloque y entonces apareció ante su vista maravillada una piedra resplandeciente, amarillenta, que esparcía vivos reflejos. Damián empezó a golpear furiosamente con su picota y una cascada de oro empezó a caer a sus pies.

Pero era sólo un sueño, un hermoso sueño del cual vino a sacarlo la más espantosa realidad.

De repente resonó una fuerte detonación, un estruendo terrible que despertó sobresaltado a los huerfanitos e hizo ladrar al perro asustado. Un polvo compacto hizo el aire casi irrespirable. Luego nada. Una calma espantosa que los niños no se atrevieron a romper, esperando llenos de angustias un final terrible, esperando de un momento a otro el desplome del techo de la galería sobre sus cabezas.

Betún, tan asustado como sus amos, se acurrucó a sus pies como pidiéndoles protección. Damián habló a su hermana y ésta respondió:

—¡Qué extraña suena tu voz! Parece que estuviésemos encerrados dentro de una caja. Acaso, ¿estaremos bloqueados por algún derrumbe?

(Continuará)

CHISTES

—¿Por qué una liebre cuando es corrida por un perro blanco, corre más ligero que cuando la corre un perro negro?

—Porque cree que el perro blanco va en mangas de camisa.

HISTORIA GRAFICA



73. Caupolicán no había obtenido grandes triunfos sobre los españoles, como su antecesor Lautaro, pero sus repetidos y furiosos asaltos lo habían hecho temible. Por eso, llevado delante del gobernador Reinoso, éste lo hizo morir ante un pelotón de flecheros.



75. Cuando don García volvió a Concepción, estaba convencido de que había pacificado para siempre la región araucana, pues los indios parecían haber desaparecido sin la menor gana de volver a pelear con los españoles. Don Alonso de Ercilla es-



74. Poco después, los araucanos sostuvieron un último combate en Quiapo; pero faltos de un caudillo como Lautaro o Caupolicán, fueron completamente derrotados y dispersados. Puede decirse, pues, que con Caupolicán terminó la resistencia a los conquistadores.



76. Y mientras don Alonso de Ercilla iba forjando los inmortales versos de su grandioso poema LA ARAUCANA, don García ponía orden en la colonia, fundando nuevas ciudades y reedificando las que habían sido destruidas. También impuso fuertes contribuciones.

DE CHILE



77. Como los indios estaban en paz, los soldados, poco acostumbrados a la inacción guerrera, se peleaban entre ellos mismos y los duelos estaban a la orden del día. Don García, queriendo acabar con esta epidemia decretó pena de muerte para todos los due-listas.



79. Tanta severidad llenó de consternación a los habitantes de Imperial, donde tuvo lugar el hecho. Damas y caballeros se reunieron para implorar el perdón de los condenados. Y después de muchas súplicas, el inflexible don García otorgó el perdón.

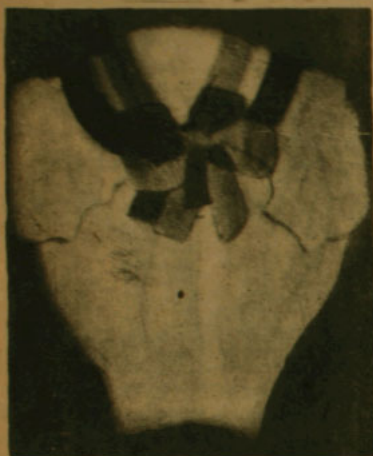


78. En cierta ocasión don Alonso de Ercilla tuvo una querella con un compañero de armas y cuando ambos estaban a punto de batirse, fueron sorprendidos por don García en persona. En el acto don García los hizo tomar presos y los condenó a la pena de muerte.



80. Ercilla no se libró de ir desterrado al Perú. Más tarde salió para España y el magnífico cantor de las primeras glorias de Chile murió en Madrid, pobre y olvidado. Pero Chile jamás olvidará la deuda de gratitud que contrajo con el inmortal poeta guerrero.

MODELO DE BLUSA DE CUELLO ORIGINAL, TODA TEJIDA A PALILLOS



(Cuello a tres colores, de lana)

Esta hermosa blusa está adornada de una corbata hecha en el mismo punto de la blusa, pero en lanas diferentes. Se necesitan 75 grs. de lana blanca más 10 grs. de cada una de las lanas siguientes: marino, cielo. También puede hacerse en la siguiente combinación de colores: blanco, azul y rojo; canario, naranja y café; negro, coral y blanco; azul, amarillo y jade.

Puntos empleados:

Elástico doble: 2 derechos, 2 revés, etc. Hilván siempre al derecho.

Delantero: Se comienza por abajo, urdiendo 140 p. sobre palillos delgados y tejiendo una faja de 8 cms. en elástico, luego se comienza el cuerpo en pal. más gruesos y en hilván, haciendo 108 corr. en línea recta. Luego dividir la labor en dos por el medio y tejer primero un lado.

Formar el rebaje de mangas cerrando a 1 corr. de intervalo, 3 veces, 5 p. y 3 veces 1 p. Simultáneamente formar el escote, cerrando a 1 corr. de intervalo siempre 1 p., hasta que sólo queden 36 p. Tejer en línea recta hasta que la embocadura de mangas tenga 62 corr. de alto. Sesgar el hombro cerrando los p. 12 por 12 y terminar el otro lado igual.

Espalda.

Se comienza por abajo, urdiendo 140 y siguiendo la explicación dada por el delantero hasta la embocadura de mangas, formando éstas cerrando en cada extremo, a 1 corr. de intervalo, 3 veces 5 p. y tejiendo en seguida en línea recta hasta que las embocaduras tengan 1 cm. de menos que adelante. Cerrar a cada extremo del pal. y 12 por 12, 36 p. para cada hombro, y juntos los puntos restantes.

Mangas:

Se comienza por abajo, urdiendo 90 p. sobre los pal. delgados y tejer 3 cms. en elástico, comenzando la manga en palillos más gruesos, haciendo en la primera corr. 26 veces 1 aumento de 1 p., repartidos a todo lo largo de la corr. Tejer 40 corr. en línea recta y formar el rebaje de mangas cerrando en cada extremo y en cada corr., siempre 1 p. hasta que sólo queden 16 p., que se cerrarán juntos. (En total, 90 corr. para la manga).

Corbata:

Se urden 12 p. en lana marino y se teje una tira del largo necesario para orillar el escote y forrar la rosa, es decir, más o menos 1 m. 60 de largo. En seguida tejer una tira igual, color cielo y coser esta última en la misma orilla del escote, formando la rosa como se ve en el grabado; luego poner la marina más afuera.

RECETAS

Turrón

Cuatro claras de huevo se baten a punto de turrón, agregándoles poco a poco una miel un poco espe-

sa en la que se ha puesto el jugo de dos naranjas y un poco de raspadura para dar color. El turrón debe quedar un poco duro para que no resbale de la rosca.



CAPITULO XII

—Sabemos que has conquistado el vellocino de oro, soportando, para lograr tu empresa, terribles penalidades. Soy una de las diosas tutelares de esta región, y te ordeno que cobres ánimo y convoques a tus camaradas. Pero antes, escúchame. Cuando veas que la diosa Anfritrta desengancha los corceles del carro de Neptuno, invoca a Venus.

Dicho esto desaparece seguida por varias ninfas que la acompañaban. Jasón quedó absorto, mas repuesto, lanza un grito que se asemeja a un ruido; es su grito de guerra, al que acuden todos y les narra en breves frases la divina aparición que acaba de tener.

El auditorio le escucha lleno de estupor que aumenta cuando ven que en el horizonte se eleva un enorme corcel de doradas crines, que saliendo del agua salta a tierra y emprende veloz carrera. Entonces Peleo dice:

—Ya está desenganchado por Anfritrta el carro de Neptuno. Habéis visto a uno de sus corceles, que surgiendo del mar, espaca desparovido; esto nos indica que debemos cargar la nave sobre nuestros hombros, y llevarla a través del desierto, siguiendo las huellas del corcel. Durante la noche, a la luz de los astros irá señalando nuestro camino.

Ponen los argonautas en práctica el maravilloso plan; y marchan en

busca de un manantial que aplaque su sed.

Se encuentran con un hermoso jardín y hermoso huerto cubierto de manzanas de oro; que tan pronto se sienten los pasos, cuando se convierten en polvo.

El fenómeno consterna a los argonautas, pero luego ven una alfombra de menudo césped, luego un tallo, que al crecer, truécase en tronco del que nacen frondosas ramas, y las Hespérides se transforman. Ereteida en un olmo, Héspera en un álamo, y Eglea en un sauce. Continúan los prodigios, y de los troncos que nacen van surgiendo ninfas. Eglea que es la más compasiva de las hermanas, exclama:

—Ayer llegó un gigante a nuestro huerto, le cubría una piel de león, y venía armado con una enorme clava, dió, no sin trabajo, muerte al dragón que habréis visto, y salió en busca de agua que calmase su sed, no hallándola, mas algún ángel tutelar le impulsó hacia la roca, junto al lago Tritonia y entonces con la punta de su pie dió tan rudo golpe a la roca, que brotó un manantial de agua. Este es el camino.

Apenas oyen tan lisonjeras palabras, cuando todos marchando tras las huellas del hércules, llegan al manantial, se tienden boca abajo, y beben a grandes tragos.

Desbándanse los argonautas en busca de Hércules y son los primeros en partir Cástor y Pólux, a los

que siguen Traces, Linceo y Eufemo el de los pies veloces. Mopso, a su vez se tendió bajo un árbol para tomar descanso y una serpiente enorme le mordió, dejándole sumido en sopor de muerte.

Los argonautas con la pesada carga de la nave, avanzaban lentamente siguiendo la costa del arenoso desierto africano, cuando Orfeo inventó ofrecerle el trípode de Apolo a los dioses de Libia, como preciosa ofrenda. De pronto, aparece Tritón, en forma de un hermoso doncel y extendiendo la mano hacia ellos, exclama:

—Recibid esta dádiva, nautas, como testimonio de la amistad que ofrezco a los que cruzan mis solitarios dominios, más si queréis salir mar afuera. Yo os enseñaré el camino hacia el reino de Neptuno, y no os admiréis que así sea, pues soy descendiente del dios de las aguas profundas.

Avanza Eufemo para tomar la dádiva, y Tritón prosigue:

—¡Distinguí en lontananza dos escolleras que aparecen entre la bruma! Es la boca de un lago. Aunque se os figure pequeño, tiene gran profundidad, y ya en él virando a estribor y utilizando la marejada que le comunica con el mar, lograréis llegar hasta éste. La ruta es peligrosa, pero marchando hacia la derecha, y siempre adelante.

Ofrécese el sacrificio ritual, que esta vez lo constituye una escuálida oveja, y al arrojar la víctima al agua salobre, surge de entre las ondas y ya sin disfraz, el augusto Tritón en todo su esplendor semejante a un enorme ballenato de espina elástica, rostro humano y aletas gigantes. Adelántase hacia la nave, la coge con su potente diestra,



Mopso se tendió bajo un árbol para descansar y de repente aparece una serpiente y lo muerde dejándole sumido en sopor de muerte.

la guía apartándola de la orilla y cuando la considera fuera de todo peligro se sumerge el semidios marino.

El bogar de algunos remos conduce al bajel a un seguro puerto costero donde erigen rústicos altares a Neptuno y a Tritón. Tras breve descanso izan velas, mas para acelerar la marcha vuelvan a utilizar los remos, y llegan a una isla, no muy lejos de la de Creta.

Allí les aguarda un nuevo y formidable peligro; habítala Talo, gigante feroz que acostumbra escrutar los mares y cuando divisa algún bajel, arroja sobre éste mortífera lluvia de enormes piedras para darles muerte a los tripulantes, y hundir las barcas en los hondos abismos azules.

El cuerpo del gigante es de bronce e invulnerable, y sólo puede ser herido en un tendón del calcañar. Las redondas pupilas inspiran tan profundo horror, que se hiela la



sangre en las venas. Los nautas apenas distinguen a Talo en lo alto de la primitiva atalaya, cuando llenos de espanto quisieron virar de bordo y alejarse, imaginándose, candorosos que así escaparían del peligro.

Medea les infunde aliento diciéndoles:

—En vosotros sería una locura combatir contra Talo; mas dejadme a mí, que, aunque el gigante sea un semi-dios, y su cuerpo bronceado, yo tengo medios de lucha contra él. Poned la proa hacia la isla.

La obedecen en silencio, y la maga sube a cubierta, y saltando de banco en banco, se coloca en el punto más elevado de la nave; desde allí, vuelve el rostro hacia la atalaya, y extiende en dirección de Talo, sus manos. Ha subido Medea en vuelta en un manto púrpura, y entonces por tres veces, trágica cantilena, evocando a las Parcas dominadoras del éter, y a medida que su

voz se eleva sobre el rumor de las olas, sus pupilas lanzan rayos que van a clavarse en el formidable cuerpo del monstruo enemigo.

Su mirada centelleante va derriendiéndolo, y cuando Talo se preparaba a arrojar un enorme peñasco para cerrar la entrada del puerto, la mirada de Medea se fija en el débil tendón, y por allí gotteando plomo, empieza a escapársele la vida al gigante. Balancéase el cuerpo y el gigante cae en las aguas de la isla de Creta impotente para guardarla.

Frente al cadáver de Talo ancla el Argo; los nautas desembarcan y apoderándose de las piedras que pueden, echan los primeros cimientos de un templo, bajo la advocación de Minerva marino. Calcan en cercana fuente su sed devoradora, se aprovisionan de víveres, y utilizando la brisa que comienza a soplar, ponen el rumbo en dirección de las costas del Peloponeso.

(CONTINUARA)

Vergel INFANTIL

PETALOS

QUIEN SABE...

Bautismo del sol y el agua,
arco iris llamativo,
es para el cielo la gloria,
ensueño del sol perdido...

A pie descalzo, quisiera,
sobre la cruz del suspiro,
coger retazos de luna
empapados de rocío...

El aire es como un beso
cuando pasa fugitivo;
en las noches estrelladas
juega al corre el anillo.

La lluvia canta en las piedras
un romance estremecido,
y cuando nadie la escucha
planta rosas en el camino.

Entre mis manos hoy juega
el arte de un choapino:
al malva le viene el verde;
y al azul, el amarillo...

Mireya

Música maga se adhiere a la plegaria
que brota aquí, en mis labios, en esta hora.
¡Quién sabe si al juntar mis manos trémulas
(las

conduzca el corazón hacia el Olvido...
¡Quién sabe si la noche se haga aurora
y en un cortejo inefable, estremecido
un vívido ensueño con alas de oro
forje la quimera de un cantar sonoro!

Amarilla nostalgia del otoño
que arrastra a duras penas una neblina
sembrando el infortunio en los caminos
y alma dentro una ruta de resabios
¡Quién sabe! Por algo el corazón así adi-

(vina:
y estas ansias que juegan en mis labios
acaso, sean vislumbre de otros días
la inmediata realidad de una alegría.

Tiene este ¡quién sabe! entre mis rezos
la esperanza que cierra mis heridas.
Creo yo juntando mis dos manos
de que un nuevo sueño encantaré mis ojos
y que, gloriosamente, cambiaré mi vida
y que el jardín entero no sabrá de abrojos
¡Mis labios al rezar dicen! ¡quién sabe
y espero y sueño, a solas en mi nave!

Rose-Marie

VERGEL INFANTIL

Chispas del alma,
latidos del corazón,
rinconcito de calma,
rinconcito de emoción.

Ofrendas de belleza
de alegría y de tristeza,
ofrendas de hermosura,
de paz y de bravura.

Flores vistosas y elegantes
flores modestas y humildes,
flores hermosas y fragantes,
flores sencillas y pueriles.

Semillas que han brotado
de las almas juveniles,
semillas que se han formado
en las mentes infantiles.



Plegarias y canciones
de paz, amor y cariño,
esperanzas e ilusiones
de la juventud y del niño.

Vergel, bajo el cuidado
de manos ágiles y pequeñas
Vergel, solo regado
por inspiraciones alegres y ri-
(sueñas:

Hermoso vergel infantil
El encantado jardín
donde crece por preferencia
(pueril,
la rosa encarnada y el blanco
(jazmín.

Briosen

PASATIEMPOS

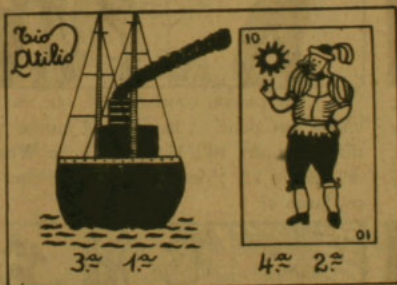
Adivinanzas

- 1.— Blanco fué mi nacimiento,
Pintáronme de colores,
He causado muchas muertes
Y empobrecido a señores.
- 2.— ¿Cuál es el animal cuyo
nombre contiene las cinco vocales?

Charadas

- 1.— Prima, nota musical; prima
segunda, nombre femenino; terci
segunda, revista; cuarta segunda,
nombre femenino; el todo, nombre
femenino.
- 2.— Prima segunda, forma ver
bal; terci, nota musical; terci
segunda forma verbal; el todo, nom
bre masculino.

Charada ilustrada, por Tío Atilio



SOLUCIONES A SECCION PASATIEMPOS DEL N.º 11

Adivinanza, por *Princesita*. —
El Choclo.

Charada, por *Gollena*.— 1.—Ca
cerola; 2.— Abogado.

Pluto, por *E. Segovia*.— 1.—Pa
parrucha; 2.— Laura; 3.— Uva;
4.— Té; 5.— Oro.

Jeroglífico, por *Alej*.— Yo me
olvidé de comprar a mi hijo "El
Colegial".

Jeroglífico, por *Arpe*.— Cara
bela.



Jeroglífico, por *Alej*.

Premios de los Pasatiempos del N.º 9

Mereció el premio de dibujo Alej
por su charada ilustrada.

Se recibieron muchas soluciones
exactas a todos los pasatiempos, y
hemos sorteado cinco premios, co
rrespondiéndole \$ 5.— a Enrique
Herrera, Santa Juana, Concepción;
\$ 5.— a Elisa Contardo, 25 de Ma
yo 2151, Santiago; \$ 5 a Sergio Zú
ñiga, Cas. 267, Concepción; \$ 5.—
a Juanita Varas, Santiago; \$ 5.—
Rogelio Valderrama, Rengo.

Los favorecidos pueden pasar a
retirar sus premios a 10 de Julio
1140, los días Lunes, Miércoles y
Viernes de 10 a 12 y de 3 a 6 P. M.
y los de provincias solicitarlos por
cartas.

CHISTE

—Vamos a ver: ¿Cómo se escri
be ciruela?

—Con hache.

—¿Cómo con hache? ¿Dónde tie
ne hache ciruela?

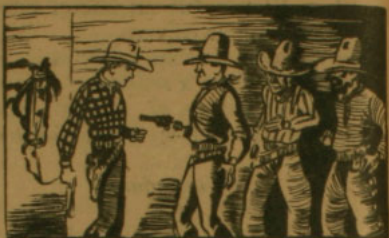
—¡En el hueso!

¿QUIEN RAPTA

CAPITULO XII



1. De pronto la puerta se abrió y se asomó el doctor Wilton. Jeff desmontó y le dijo acercándose: —El papá de la señorita Carol ha sido herido. El asunto parece gravísimo.



2. Mientras el doctor entró a buscar su maletín de cirugía, Warren se fué andando para estirar las piernas, y llevando su caballo de las riendas. De pronto tuvo que detenerse.



3. Tres hombres lo atajaron y uno de ellos, Soames en persona, le apuntó con un revólver, diciéndole: —No lo mataré, Jeff, si promete irse lejos de este distrito, ¿qué le parece?



4. Me parece, contestó Jeff, que ese revólver que tiene en mano es el mismo que disparó contra Bill Henson. Es un Weson del calibre 12. ¿Verdad que no me equivoco, Soames?



5. Los ojos de Soames echaron chispas y gritó: —¡No volverás a repetir en tu vida esas palabras! Y en el acto apretó el gatillo de su revólver y sonó un mortal disparo...



6. Jeff Warren cayó al suelo y quedó inmóvil, mientras los bandidos montaban en sus caballos y se alejaban a toda carrera. Entonces Jeff Warren se sonrió y se movió.

A HENSON?



7. Cuando los bandidos se perdieron de vista, Jeff se sentó y sacó una libreta de cuero del bolsillo. Esta tenía incrustada una bala del 12. —¡Linda escapada!, dijo.



8. Entonces Jeff partió como una flecha en su caballo y mientras corría pensaba: —Más que seguro que Soames me cree muerto. A lo mejor trata de huir creyendo que me asesinó.



9. Jeff no se detuvo hasta que llegó a una cumbre desde donde se dominaba un extenso valle. Abajo se veía el ganado del Doble "V", custodiado por algunos cowboys.



10. Jeff pensó ocultarse de los cowboys del rancho; pero en ese momento aparecieron varios enmascarados que empezaron a disparar. —¡Son bandidos! exclamó Jeff.



11. Los cowboys del Doble "V" hicieron lo posible por oponer una seria resistencia, pero eran inferiores en número. Uno de ellos cayó herido y los otros huyeron.

12. A los pocos minutos se perdieron de vista y entonces los ladrones empezaron a arrear el ganado con una maestría que demostraba su pericia en el robo de ganado.

(Continuará)



El Tesoro Lejano

que uno de nosotros debería reforzarlos, con Malek y un par de fusileros.

—Yo bajaré, dijo Santiago.

—¿Por qué no yo? protestó Montrose.

—Tus ojos son necesarios aquí, objetó Santiago. Nadie mejor que tú puedes vigilar la llanura y el lago.

Es verdad, apoyó don Juan. Sus servicios son más valiosos aquí arriba. Y tú también haces falta aquí para manejar el fusil ametralladora y el cinematógrafo. Yo bajaré, pues sé hacerme comprender por los sudaneses...

—¡No, no, tío! Ese puesto me corresponde a mí; es usted el jefe de la expedición y desde aquí arriba puede dirigir el conjunto de la batalla, mientras que allá abajo sólo haría el papel de un soldado...

—Sí, sí; Santiago es el llamado a comandar a la gente de abajo, apoyó Montrose.

Y la discusión se terminó. Salvere se resignó.

—Mucho cuidado... no exponerse inútilmente, hijo mío, recomendó el tío suspirando.

Sabía perfectamente que la defensa de la barrera era el puesto de mayor peligro y por eso había tratado de ocuparlo. Pero no había más remedio que resignarse a dejar marchar a su sobrino. Este bajó con Malek y los dos sudaneses, mientras que don Juan, ayudado por Mon-

RECUERDE: Santiago Merande, su tío Juan Salvere y su amigo Gabriel Montrose van al Africa y se adentran en el Sudán en busca de un tesoro que ha enterrado Felipe Merande, tío paterno de Santiago. Los expedicionarios son atacados por una tribu, la de los terribles mungos, que vuelven victoriosos con sus prisioneros y su botín de guerra. Los blancos y los negros sudaneses que los acompañan, se refugian en una fortaleza natural formada por una roca en forma de gruta, desde donde disparan contra los asaltantes haciéndolos replegarse. Los cautivos aprovechan este descuido de sus captores para escapar con el ganado hacia la fortaleza donde son bien recibidos. Los mungos atacan una segunda vez, pero de noche y en forma dispersada para no presentar mucho blanco. De este modo un centenar de mungos logran llegar al pie de la roca donde no pueden ser alcanzados por las balas. Y en seguida por medio de flechas incendiarias y acumulación de ramas encendidas, logran pegar fuego a la barricada de madera.

CAPITULO X

Una llama roja se elevaba a intervalos a gran altura. Se oía el crepitar de la madera y el silbido de la savia, a medida que los troncos de árboles iban siendo quemados. Empezaba a hacer calor dentro de la caverna; afortunadamente la brisa era favorable y empujaba la humareda hacia afuera. Don Juan Salvere subió de nuevo a la terraza formada por el techo de la gruta.

—El ataque se acerca. Creo que abajo, Kunú, Niembé y sus hombres se conducirán valientemente. Pero, de todos modos, me parece

trose preparaba el proyector cinematográfico.

La barricada seguía ardiendo cada vez más y abarcando más trecho; las llamas se elevaban casi hasta la altura de la roca y el fuego no tardó mucho en alcanzar las proporciones de un incendio. El violento resplandor apagaba la claridad plateada de la luna en el lago. Los mungos lanzaron una aclamación formidable y la voz de Kuragán se elevó:

—¡Si los hombres de la roca se rinden, tendrán la vida salva!

Únicamente Niembé y Kunú, comprendieron estas palabras, pero se guardaron muy bien de traducirlas en voz alta. Sólo las repitieron al oído de Santiago y agregaron: “Esas hienas no cumplirían su palabra”.

Santiago dispuso a sus hombres. Kunú y el tuareg Malek estaban arrodillados, fusil en mano, a ambos lados de la entrada. Un poco más atrás estaba Niembé de pie, con dos fusileros. Para protegerse contra las flechas, usaban los escudos que habían recogido en el campo de batalla después de la lucha del día.

De pronto un estruendoso clamoreo se alzó en medio de la noche y una gran masa de negros cuerpos apareció en la entrada de la gruta, apenas cayó consumido el último tronco que formaba la barrera. Una nube de proyectiles atravesó el espacio y fueron a estrellarse contra los escudos.

—¡Fuego! ordenó Santiago.

Cinco fusiles escupieron su carga mortífera, dos, tres, cuatro veces. En la entrada quedó un montón de cuerpos inmóviles. Pero los mungos que venían más atrás pasaron

por encima de sus compañeros y avanzaban gritando, aullando... Otra descarga de fusilería... cayeron otros, pero los de atrás seguían. ¡Eran maravillosos aquellos salvajes que corrían con valor indomable hacia la muerte! Los sitiados habían descargado sus fusiles y no tenían tiempo de cargar de nuevo. Nunca imaginaron que los asaltantes iban a seguir avanzando por encima de los cuerpos inmóviles de sus compañeros caídos. Santiago comprendió que había llegado el momento de la terrible lucha cuerpo a cuerpo... Pero en ese instante cayó de arriba una granizada de balas sobre los asaltantes. Era el fusil ametralladora que entraba en acción. Esta vez los mungos se detuvieron, se acobardaron y volviendo las espaldas echaron a correr presas del pánico. Atravesaron el campo llano y se perdieron por fin entre los cañaverales.

Pero Kuragán hacía enormes esfuerzos por detenerlos. Les gritaba y se detenía para que los demás lo imitaran; sólo cinco de sus más valientes lo rodearon y se detuvieron.

—¡Magnífica ocasión para apoderarnos del jefe! exclamó Montrose.

Rápidamente organizaron la salida. Tres grupos de fusileros se desplegaron y corriendo, fusil en mano, encerraron en un círculo a Kuragán y sus cinco guerreros.

—¡Ríndete, Kuragán! gritó Kunú. Nada puedes contra nosotros. Nuestros rayos pueden aniquilar a los mungos como las hormigas. Y ustedes, guerreros, ríndanse y no se les hará daño alguno. ¡Abajo las armas!



Un vocerío infernal estallaba a cada llamarada de la barrera incendiada.

Una descarga al aire acabó de convencer a los guerreros de que toda resistencia era inútil. El campo aparecía desierto de mungos, la tribu entera parecía haber desaparecido. Los mungos rodeados por los sudaneses dejaron caer sus armas. Pero Kuragán, en medio de sus robustos guerreros, parecía un hombre en medio de un grupo de niños. Su enorme pecho, sus brazos inmensos, parecían hechos para luchar con los leones. En su mano derecha apretaba una maza tan pesada que sin duda él únicamente podía manejarla contra el enemigo. Pero el gigantesco negro comprendía obscuramente que de nada le servían sus fuerzas extraordinarias, porque estaba frente a una fuerza nueva, misteriosa, ante la cual se deshacía toda su potencia muscular.

Con un rápido movimiento alzó la pesada maza y, la lanzó contra Montrose. Kuragán quería morir,

pero quería morir matando al enemigo. La vista de águila de Gabriel lo salvó de morir aplastado por la terrible maza. Después de este último fracaso, el colosal negro se cruzó de brazos y esperó la muerte orgullosamente.

—El jefe de los mungos prefiere una muerte rápida y teme al suplicio, le gritó Kunú.

—Kuragán no teme ni a la muerte ni al suplicio, respondió el jefe mungo con fiera.

—Entonces, si Kuragán dice verdad, que se rinda.

Kuragán se sentó en el suelo con indiferencia. Entonces se le acercaron diez sudaneses y lo amarraron con sólidas correas.

—¡Qué raza más magnífica la de los mungos! exclamó Montrose con sincera admiración.

—Sí, apoyó Santiago Merande. Si los hombres sólo dispusieran de mazas para combatir, los mungos serían los reyes de la tierra.

Don Juan salió de la caverna y se acercó a sus compañeros. La vista de los muertos lo llenó de melancolía. Pensaba que sólo la ambición era la causa de toda aquella mortandad. La ambición del tesoro había llevado a los blancos a cruzar aquella región africana; la ambición del botín había impulsado a los mungos a atacar a los blancos. ¿Cuándo los humanos dejarían de ambicionar con ardor los tesoros de la tierra para no despedazarse unos contra otros?

Bajo la influencia de estas reflexiones, don Juan Salvere se juntó con sus compañeros y procedió a interrogar al jefe Kuragán, por intermedio de Niembé:

—Kuragán es valiente. ¿Pero por qué atacó a los hombres que nada le habían hecho?

El guerrero alzó la vista. El bien, para él, era vencer y despojar al enemigo; el mal, era ser vencido y despojado por el adversario. Todo le parecía muy sencillo y respondió:

—Kuragán ha sido vencido. Kuragán no teme la muerte ni el suplicio.

—Kuragán no morirá. Los jefes blancos no matan a sus prisioneros.

—Prefiero la muerte antes que ser esclavo. Kuragán no trabajará para los blancos, replicó el jefe mungo con indecible orgullo.

Kuragán será prisionero pero no trabajará para los blancos, si es su gusto.

Una enorme sorpresa se pintó en la negra cara de Kuragán.

¿Entonces para qué servirá Kuragán? exclamó en el colmo de su extrañeza.

—No servirá para nada si así lo quiere Kuragán; pero, si quiere, puede combatir a nuestro lado, replicó don Juan por boca de Niembé.

Algo así como un relámpago brotó de las pupilas del negro colosal. Pero guardó silencio. Don Juan Salvere juzgó que lo más acertado era dejar a Kuragán entregado a sus propias reflexiones. Había algo más que hacer. Las bajas de los mungos, entre muertos y heridos, subirían a poco más de cincuenta; pero la tribu era muy numerosa. Todavía quedaba casi intacto el grueso del ejército que sumaba arriba de trescientos guerreros. El peligro no había pasado del todo para los expedicionarios y había que aprovechar la desmoralización del momento.

Don Juan decidió enviar a uno de los mungos prisioneros con un mensaje al otro jefe, a Uando, anunciándole la captura de Kuragán. Niembé se encargó de instruir al prisionero acerca de lo que debía decir a Uando: Cesión de la mitad del ganado y liberación de los cautivos. En caso de negativa, los jefes blancos irían a forzarle la mano en su propio campamento. Los jefes blancos ofrecían en cambio restituir los prisioneros, menos Kuragán.

El mensajero partió a la carrera en dirección del campamento de los mungos, mientras Montrose decía:

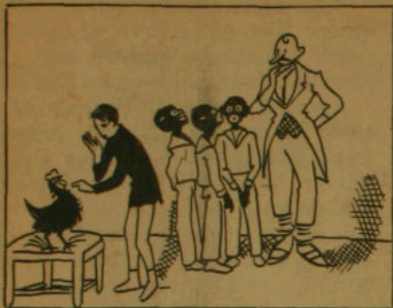
—Creo no aceptarán que reten-gamos prisionero a Kuragán.

Don Juan sonrió y replicó:

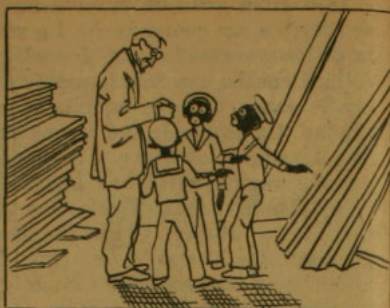
—Te equivocas: Uando, aunque no lo demuestre, estará encantado de ser el único jefe de la tribu.

(Continuará)

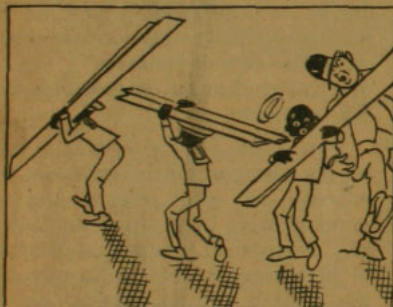
Por encender fuego en casa,



1. Como doña Gallina se ha comido al pobre Tragaleguas. Pepito la ha reñido, y Don Martín preocupado, la gravedad del caso ha planteado.



2. Los negros, que no se andan con chiquitas, compran unas maderas muy bonitas a un viejo vendedor buen detallista, que el negocio jamás pierde de vista.



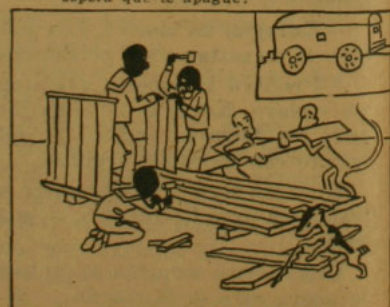
3. Rechazan el transporte en camión, y aunque den a cualquiera un estrellón, van contentos, invaden las aceras y dan mucho que hacer con sus maderas.



4. En el jardín trabajan con destreza, imprimiendo a sus actos ligereza. Al pobre Chochi, se le quema el rabo, y un mono dice,—espera que te apague.

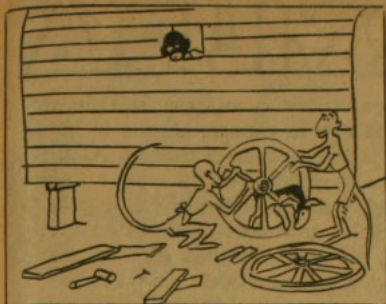


5. Ya han trazado en el plano sus proyectos, de un trotamundos o mata trayectos. Chochi se queja al mono: ¡Qué salvaje! ¡Cómo me has apretado este vendaje!

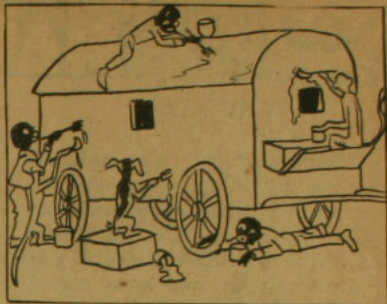


6. Empezan todos ellos a dar forma al proyecto; ya está la plataforma. Con las tablas que Chochi ha preparado, arman los bastidores de costado.

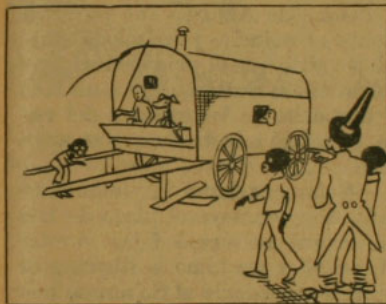
doña Gallina se abrasa.



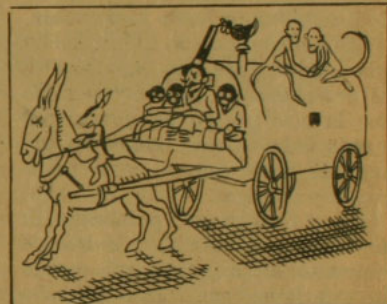
7. Un mono dice a Chochi: — cuando puedas, me ayudas a embujar bien estas ruedas, y un negrito se asoma a la ventana, diciendo: ¿Trabajáis de mala gana?



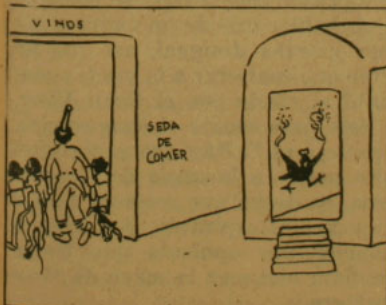
8. Y ya tenemos hecho un trota-mundos, el que vamos a pintar en dos segundos, con pinturas que no pueden ser malas, pues son las preferidas de todo el mundo.



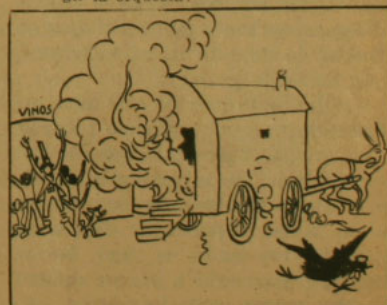
9. Contento D. Martín de las proesas, recompensa de todos la destreza, y prepara un estreno emocionante, del que les hablará más adelante.



10. Don Coces, que hace tiempo no trabaja, (altas orejas y cabeza baja), sin hacer caso a Chochi, ya protesta, de qué pretende dirigir la orquesta.



11. Entran a una posada del camino, a merendar, pero nada de vino. Mientras por hacer fuego en la cocina, incendia el trota-mundos la Gallina.



12. Don Coces con rebuscos diferentes, logra sembrar la alarma entre las gentes, y aquí tenemos a la tropa inquieta, ¿qué van hacer? ¡Leed la otra historietita!

La lámpara MARAVILLOSA

V PARTE

El Sultán ordenó que saliesen todos sus servidores para que hablase con más libertad la madre de Aladino. Luego que se quedaron solos, y que el Sultán prometió a la viuda que ningún mal le sobrevendría por injuriosas que le pareciesen sus palabras.

La buena mujer refirió desde el principio al fin los proyectos de Aladino, su amor hacia la princesa, las reflexiones que le había hecho como madre, para que desistiese de sus descabellados planes y por último la obstinación del joven que se empeñaba a todo trance en ser aceptado como esposo de la princesa Brudulbura.

Oyó el Sultán sus palabras sin dar señales de cólera, y antes de responder le preguntó qué era lo que guardaba con tanto empeño debajo del lienzo. La viuda le presentó entonces las piedras preciosas al soberano, quien permaneció inmóvil de sorpresa ante el maravilloso espectáculo que a sus ojos se ofrecía. Al cabo de un rato exclamó enagenado de gozo:

—¡Oh! Es imposible que haya en el mundo una colección de piedras más ricas, y el presente que me hacéis es digno de la princesa mi hija, y digno también de ser dueño de su mano el poseedor de tantos tesoros. Hoy nada os digo, buena mujer, pero venid a verme dentro de tres meses contados desde este día.

La madre de Aladino, que ni en sueños esperaba tan favorable aco-

gida, volvió a su casa loca de alegría con la esperanza que le había dejado entrever el Sultán. Aladino la aguardaba con la mayor ansiedad, y al oír de los labios de su madre los pormenores de la entrevista, se creyó el más dichoso entre todos los mortales. Dió gracias a su madre por el interés y el cariño con que había desempeñado su difícil misión.

Pasaron los tres meses del plazo; la madre de Aladino fué puntualmente al palacio, y se colocó en el mismo sitio que el primer día. Apenas la vió el Sultán, dejó a un lado el despacho de los asuntos del reino, y mandó a la viuda que se acercase.

—Señor, exclamó la viuda Mustafá, hoy concluye el plazo de tres meses que se sirvió fijar vuestra Majestad y me tomo la libertad de venir a recordarlo al Soberano más poderoso de la tierra.

El Sultán había diferido tres meses su respuesta, en la confianza de que pasado este tiempo no volvería a oír hablar más de un matrimonio que juzgaba desigual, así que no supo qué contestar a la viuda; consultó al efecto con el Gran Visir, y éste para eludir el compromiso, aconsejó al Sultán que pusiese un alto precio a la mano de la princesa, es decir, que exigiera tantas riquezas al aspirante, que ningún hombre, por opulento que fuese, pudiera alcanzar la mano de Brudulbura.

Siguió el Sultán el consejo del Gran Visir, y volviéndose a la viuda le dijo:



La viuda se postró ante el Sultán y le dijo...

—Los soberanos deben tener palabra, y yo estoy pronto a cumplir con la mía siempre que vuestro hijo me presente cuarenta grandes fuentes de oro macizo llenas de piedras iguales a las de su primer regalo. Esta riqueza deberá ser traída a palacio por cuarenta esclavos negros y cuarenta blancos, que sean de buena estatura y vestidos con lujosa magnificencia. Solo a este precio podrá obtener a la princesa, mi hija.

La madre de Aladino se prosternó y salió de palacio, riéndose por el camino de la locura de su hijo, y de la imposibilidad en que se vería de salir triunfante de las exigencias del Sultán. Cuando llegó a su casa y después de enterar a Aladino del éxito de su embajada, quiso persuadirle de que debía abandonar su temeraria empresa.

—Nada de eso, madre mía, replicó el joven; confieso que esperaba mayores dificultades aun por

parte del Sultán, pero lo que pide es demasiado poco y muy pronto quedará satisfecho. Dejadme obrar en libertad.

Salió a la calle la viuda en busca de provisiones, y Aladino, apenas se vió solo frotó la lámpara maravillosa. Presentóse el Genio y el muchacho le dirigió estas palabras:

—Acabo de obtener la mano de la hija del Sultán, pero éste me pide que antes le lleve cuarenta fuentes de oro macizo llenas de frutos del jardín donde me apoderé de la lámpara. También exige cuarenta esclavos negros e igual número de blancos, de buena figura y ricamente vestidos. Anda, tráeme todo esto para llevarlo al Sultán antes que acabe el día.

Desapareció el Genio, no sin prometer a Aladino que serían cumplidos sus deseos, volvió pocos momentos después con ochenta esclavos blancos y negros. Cada uno te-

nía en sus manos una fuente de oro cincelado llena de perlas, rubíes, brillantes y esmeraldas, y cubierta con un paño de tisú de plata bordado de florones de oro. Los trajes de los esclavos deslumbraban por su elegante magnificencia. Preguntó el Genio a Aladino si estaba contento y si deseaba algo más, pero el joven dijo que no, y el Genio desapareció con el mismo misterio con que venía.

Volvió la madre de Aladino y al ver a la brillante comitiva no pudo articular palabra; tal fué su estupor, su admiración; pero el impaciente joven le rogó que se dirigiera inmediatamente, seguida de los esclavos, al palacio del Sultán.

Desfilaron los esclavos, y Aladino esperó tranquilo que el Sultán se dignase al fin a admitirle como yerno.

Apenas salieron los esclavos a la calle, se agolpó a su paso una inmensa muchedumbre, absorta ante el magnífico espectáculo. Llegada la comitiva a palacio en medio del pueblo que la seguía, creyeron los soldados que aquellos hombres eran reyes y se apresuraron a besar el borde de sus vestiduras, pero el primero de los negros le dijo:

Nosotros no somos más que esclavos, y nuestro señor vendrá cuando sea tiempo.

El lujo de los departamentos del palacio y de los trajes de los servidores del Sultán, todo se eclipsó ante la riqueza de los recién llegados, los que entraron por su orden en el salón del trono, depositando a los pies del Monarca las fuentes de que eran portadores. Luego, blancos y negros cruzaron las manos sobre el pecho con la mayor modestia:

—Señor, exclamó entonces la



Salió de palacio, riéndose por el camino, de la locura de su hijo.

viuda, mi hijo Aladino sabe muy bien que estos dones valen mucho menos que la hermosa princesa Brudulbura, pero confía en que Vuestra Majestad se dignará concederle su mano después de haber cumplido con la condición que tuvo a bien imponerle su Soberano.

El Sultán no oyó siquiera las frases de la madre de Aladino, trastornado como estaba en presencia de aquellas riquezas y de aquellos esclavos que parecían reyes poderosos por su aspecto. Al fin, preguntó en voz alta al gran Visir si creía digno esposo de su hija al hombre que le enviaba tan regio presente.

El Gran Visir, aunque lleno de celos, no pudo menos de contestar:

—Señor, lejos de creer a Aladino indigno de poseer la mano de la Princesa, diría que merece más aún, si no estuviese persuadido que no hay en el mundo tesoro igual a la hija de Vuestra Majestad.

(Continuará)



EL LIBRO Y ESTA REVISTA



Uno de nuestros compañeros más fieles y necesarios es el libro, el que nos instruye, nos enseña, nos deleita, nos prepara para la ruda labor que debemos cumplir en esta vida, él es el único que nos puede dar en recompensa de nuestro estudio, el más brillante de los triunfos, el más brillante porvenir.

El libro es nuestro mejor amigo, el que no tenga amistad con él, con la lectura, con el estudio, nunca podrá ser gran cosa, ni será tan bien tratado como la persona instruída.

En los libros se encuentran grandes variedades de lectura, de las cuales, todas nos dan nuevas enseñanzas y nuevos deleites.

Como la música, que al oírla nos transporta a otros sitios, el libro con sus emocionantes historias nos transporta a otras tierras y si el libro es de aventuras o de cuentos, nos damos la idea de estar juntos a los héroes de estas narraciones y pasar con ellos infinitudes de aventuras y emociones.

Ahora, aparte de los libros,

abundan las revistas que como ellos nos enseñan y deleitan, la prueba la tienen en estas mismas páginas, en esta misma revista, una de las pocas revistas infantiles chilenas y una de las mejores "El Colegial", la revista que semana tras semana, con sus interesantes narraciones nos hace sentir nuevas emociones, nos hace tener nuevas ilusiones y con su enseñanza nos da mucho más hermosas esperanzas para alcanzar un triunfo más brillante, un porvenir mejor. •

Por eso, queridos lectorcitos, la mayoría de los elogios que hacemos a los libros, se lo podemos adjudicar a esta interesante e instructiva revista: "El Colegial".

Y como lo dice su nombre, no debe haber ningún colegial en nuestro país que no la compre, ya que en ella semana tras semana se encontrará en sus páginas, nuevas enseñanzas y nuevos deleites que alegrarán nuestro corazón como cualquier libro abierto.

Briosen

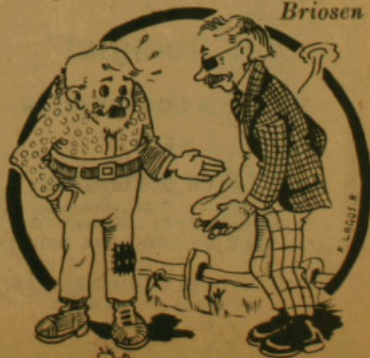
—o—o—o—

DONDE LAS DAN...

Un tuerto al encontrarse de mañana con un jorobado, le dice burlesco:

—¡Qué temprano cargaste el fardo!

—Te equivocas, contesta éste; te parece que es temprano porque no tienes sino una ventana abierta.



CORRESPONDENCIA

Ricardo Perry.— Bonitos sus versos. Pronto los verá publicados.

Tío Atílio.— Estamos agradecidos a Ud. por los problemas y dibujos que nos ha remitido. Ya hemos dado varios y creo que en breve los verá en "El Colegial". Nos complace saber que en Iquique es bien conocido de los niños.

Luis Orozco.— Buena su colaboración. Le aceptamos con todo agrado entre nuestros colaboradores que ya son muchos.

Eliana Hurtado.— Agradecemos sus felicitaciones por las seriales que está publicando "El Colegial". Le acogemos como entusiasta colaboradora.

Manuel Ruiz Tagle.— Nos dice que le gustan las seriales "Lindor, el Menestral", "Los dos Huerfanitos" y "El Tesoro Lejano". Cuando terminen le daremos otras tan interesantes como éstas. Ya le contamos a Ud. entre los numerosos colaboradores que tiene "El Colegial". Envíe sus composiciones.

Alej.— Muy buenos sus dibujos. Por supuesto que puede remitir los versos de que nos habla.

Ruz.— Más adelante trataremos sobre el concurso que nos propone. Creemos que será aceptado. Queda incorporado a los colaboradores de "El Colegial".

Toti.— Su logogrifo numérico será publicado pronto. Nos agrada saber que le gusta la serial "El Tesoro Lejano". Gracias por sus felicitaciones.

Juan Barahona.— Ejercítense más y un día verá publicadas sus composiciones. Aceptado como colaborador.

Cheche.— Sus dibujos mejoran cada vez más. Verá publicados los que remite ahora.

Ida Oyarzún.— Gracias por sus buenos deseos para "El Colegial". La aceptamos entre nuestros colaboradores. Envíe los cuentos que ofrece. Estos deben venir escritos por un solo lado y si es posible a máquina.

EL SECRETARIO

Gran Sorteo

QUE

"El Colegial"

ofrece a sus lectores
para
el 23 de Diciembre.

CUATRO DE ESTOS CUPONES DAN DERECHO A UN BOLETO PARA ESTE CONCURSO.

ESTOS CUPONES SE CANJEAN EN:

LIBRERIA "CLARET"

19 DE JULIO 1140

SANTIAGO



GLADYS E. INGLES
ZOILITA FLORES V. TAIBA

ARISTOTELIA MAQUI L'HERIT

Familia: ELEOCARPACEAS

Importancia del Maqui:

En el mes de Enero luce este arbusto en las provincias del sur sus frutos negros. El gusto y sabor de sus bayas atrae a la juventud del campo. Los indígenas preparan de la savia, una bebida alcohólica por fermentación, llamada por ellos tecu (chicha).

Por su riqueza en materia colorante es una conocida substancia para adulterar el vino tinto. En grandes cantidades se le empleaba antiguamente para estos fines, no sólo en Chile sino también en toda Europa.

Tienen aplicación en la terapéutica popular los diferentes órganos vegetales de este arbusto. La savia de las hojas es empleada contra afecciones de la garganta. Las frutas se emplean por su riqueza en tanino.

La madera es en extremo blanca y no tiene por consiguiente aplicaciones técnicas.

Prospera el maqui en la zona comprendida entre los paralelos 31 y 40. El río Biapel constituye el límite norte; por el Sur alcanza hasta la isla de Chiloé. Prefiere tierra vegetal húmeda, las faldas de los cerros y los deslindes de los bosques, acompaña a los lechos de ríos y arroyos, en general, en todos aquellos lugares en que existe suficiente humedad.

Mayores agrupaciones de maquis, como las que cubren los suelos recién rozados reciben el nombre de macales.

Su tronco alcanza una altura de 3-4 m. La corteza de los arbustos mayores es lisa y clara. El color varía a menudo de rojo obscuro al violeta.

El maqui es visitado en la madurez por toda clase de pájaros que contribuyen a su propagación. Los más comunes son las torcazas.

(Texto y dibujos tomados del libro del Profesor Otto Urban).

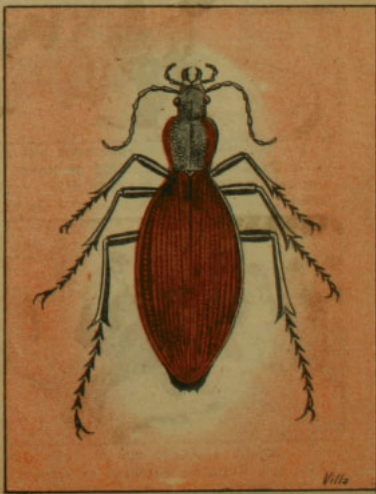


EL CARABU DORADO

(CEROGLOSSUS CHILENSIS)

Este eleganté y hermoso insecto chileno que nuestros nativos llaman: **Pedorro**, **Perquiff**, es muy común desde Concepción hasta Magallanes. Sus colores metálicos son muy variados. Pertenecen a la familia de los Carabidos, insectos muy útiles; destruyen en su estado larval una gran cantidad de larvas y también insectos adultos nocivos a la Agricultura, motivo por el cual se les llama los "Tigres" entre los insectos. Viven en abundancia debajo de los palos botados, entre las hojas de nuestros bosques y las verbas.

Al tomarlos despiden un líquido volátil y muy mal oliente, único medio de defensa de que disponen, así se libran de sus muchos enemigos que tienen.





1.—El rector del internado, mister Gafas, le dijo a don Copucha: —Aprovechando la tarde de asueto, lleve los niños donde el dentista para que los examine.



2.—Mientras iban detrás de don Copucha, rumbo a la ciudad, Bombolito murmuraba: —¡Es el colmo, hasta los dentistas se han metido de examinadores, es el colmo!



3.—Pero don Copucha exclamó sonriente: —¡Qué asueto más divertido van a pasar, niños! Y mientras los muchachos callaban, empezaron unos gruesos goterones.



4.—¡Está lloviendo, refugiémonos debajo del toldo de esa pastelería! exclamó don Copucha echando a correr. Los buenos muchachos lo imitaron sin hacerse de rogar.



5.—Debajo del toldo esperaron que pasara la lluvia. Y cuando dejó de llover, don Copucha extendió la mano y dijo: —¡Qué bueno, no cae siquiera una gota de agua!



6.—Pero en el acto sufrió un tremendo desmentido, porque Bombolito, ayudándose con el bastón de don Copucha, vació sobre éste la poza de agua que había en el toldo.



7.—Medio ahogado con el baño inesperado, don Copucha exclamó estornudando: —¡Espérenme, niños, voy a cambiarme ropa para no pescar una pulmonía fulminante!



8.—Y mientras los buenos muchachos se servían leche caliente y pasteles, demostrando así que tenían buenos dientes, don Copucha recibía un café muy caliente.